

Arturo Langle Ramírez
Huerta contra Zapata
Una campaña desigual

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1984

118 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 14)

ISBN 968-58-2859-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 01 de agosto de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/huerta/zapata.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México



ANTECEDENTES

El prolongado gobierno del general Porfirio Díaz se derrumbó aparentemente a causa del movimiento armado iniciado en noviembre de 1910; sin embargo, desde el punto de vista militar debe de calificarse como nulo, pues el único combate más o menos formal que se registró fue el asalto y toma de Ciudad Juárez, en abril de 1911.

A pesar de la irregular campaña de los revolucionarios contra el ejército federal y sin derrotarlo en forma contundente, para mayo de 1911 caía el gobierno porfirista, ya que el 25 de ese mes, el general Díaz presentaba su renuncia al Congreso de la Unión. Por tanto, podemos asegurar que en realidad no fue la lucha armada la que acabó con el porfirismo sino el lastre que venía arrastrando en la última década de su gestión. En todas las secretarías se sentía la inestabilidad y la vejez, y aunado a esto se sentían los atropellos y las injusticias que se registraban en la mayoría del ámbito nacional y que habían acarreado un malestar incontenible. Díaz con tal de lograr la paz y permanecer en el poder había auspiciado aquel descontento, protegiendo a los hacendados, propietarios y hasta a los extranjeros que elaboraban a su arbitrio las reglamentaciones de trabajo. Claro está, que ante aquella situación tan crítica la insurrección maderista con relativa facilidad fue la que se encargó de asestar el golpe definitivo.

Con la renuncia del general Porfirio Díaz, el Congreso de la Unión nombró de acuerdo con lo establecido en la constitución que regía al país, al licenciado Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, como presidente interino de los Estados Unidos Mexicanos en tanto se efectuaban las nuevas elecciones.

No bien se hacía cargo de la presidencia y de organizar su gabinete, cuando la ciudad de México se estremecía emocionada con la llegada del jefe de la Revolución, Francisco I. Madero, el 7 de junio. Ese júbilo venía acompañado de un ambiente de optimismo, se pensaba que la nación al fin había logrado para siempre sacudirse la dictadura para entrar en una verdadera etapa democrática, en una fase liberal ajena a la intervención armada. Pero qué diferente era la realidad, la tan deseada democracia pasaba a ser un sueño, algo irrealizable, puesto que la Revolución abría las puertas al desenfreno político que había de acarrear nuevos movimientos, ahora sí, excesivamente sangrientos y dolorosos.

El triunfo de la Revolución maderista marcó un nuevo conflicto en lo que respecta a las tropas, tanto federales como revolucionarias o irregulares como también se les llamaba. Si bien es cierto que en el artículo transitorio del Plan de San Luis, que fue la bandera de esa insurrección, se indicaba en qué situación quedarían las tropas, también es verdad que no se precisaban los licenciamientos, y lo peor del caso, se daba preferencia a los militares de carrera, en este caso de extracción federal, sobre los civiles que habían empuñado las armas y que quizá exponían más, puesto que habían abandonado sus medios de vida para lanzarse a la lucha, en otras palabras, no vivían de la milicia.

La campaña zapatista, en el movimiento de 1910, ha sido de las más discutidas. Para muchos dejó recuerdos nefastos, como en el caso de las familias acomodadas que fueron obligadas a prestar ayuda, y no es difícil pensar que en algunos casos el pueblo mismo también lamentó su presencia, sobre todo por la forma en que varias veces culminaba sus acciones. El incendio de Cuautla es un ejemplo de ello. No obstante, el balance final fue positivo al dar a la Revolución un auténtico ideal agrarista. En lucha siempre desigual, combatiendo con enemigos poderosos, el zapatismo nunca abandonó sus principios, y aunque al inicio tuvo un carácter local, al correr del tiempo se convirtió en causa nacional.

También es de comentarse que Emiliano Zapata al intervenir en esa contienda, hizo propio, desde un principio, el lema “Tierra y Libertad”, y con el triunfo exigió el cumplimiento del artículo tercero del citado Plan de San Luis, en el que someramente se hacía mención del aspecto agrario de las leyes sobre los terrenos baldíos; estaba seguro Zapata que el problema de su estado quedaría resuelto con la devolución de las tierras. Sin embargo, lo que aparentemente era fácil, en el fondo era complicadísimo y

requería mucho tiempo para lograr una solución satisfactoria. La tardanza de “escasos 20 días” ya con Madero como presidente, dio lugar a que Zapata proclamara el Plan de Ayala, documento de carácter extraordinariamente agrario y que en lo político marcaba el desconocimiento de Madero. El que sería eterno rebelde iniciaba una nueva fase.

Durante el interinato de De la Barra la Secretaría de Gobernación se ocupó del licenciamiento de las tropas. El encargado de esta dependencia, licenciado Emilio Vázquez Gómez, envió una circular, con fecha 5 de julio, a todos los gobernadores y jefes revolucionarios para que se dieran toda clase de facilidades e iniciaran cuanto antes la disolución de las corporaciones; la tarea era difícil y complicada, ya que a unos había que regresarlos a su lugar de origen, a otros, por petición propia, incorporarlos al ejército federal, que entre otras cosas corría el peligro de aumentar su efectivo en forma considerable, sobre todo cuando se esperaba una época de paz y tranquilidad.

En varias zonas del país se iniciaron los licenciamientos, las primeras tropas licenciadas del Ejército Libertador del Sur fueron las de los hermanos Miranda en la ciudad de Toluca, Estado de México. En tanto, el general en jefe de ese ejército, Emiliano Zapata, se presentó en la ciudad de México con algunos subordinados a dar la bienvenida a Francisco I. Madero el 6 de junio, acompañándolo de la Estación Colonia a Palacio Nacional, aunque confundido entre la multitud. Ese mismo día por la tarde platicó con Madero y acordaron reunirse al día siguiente después del almuerzo. En la entrevista se comentó la conveniencia de liberar a las fuerzas irregulares, pero la charla se desvió hacia el conflicto surgido entre Zapata y los hermanos Figueroa; al despedirse el jefe sureño hizo saber, sin entrar en detalle, que estaba de acuerdo con el licenciamiento, siempre y cuando se cumplieran las promesas de la Revolución, sobre todo en lo relativo al aspecto agrario.

Por aquellos días los hacendados de la localidad hicieron llegar ante Madero a un representante para solicitar que no se dejara a los zapatistas armados y que en caso de ser removido el gobernador Juan N. Carreón se nombrara en su lugar al jefe revolucionario Ambrosio Figueroa; además, se comprometían a dar ocupación a siete mil campesinos¹.

El estado de Morelos pasaba por un problema delicadísimo

¹ Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 v., México, Editorial Ruta, 1951-1952, v. 1, p. 134.

debido a la discrepancia entre Zapata y Ambrosio Figueroa, pues Emiliano se quejaba de Figueroa porque aunque éste actuaba en Guerrero intervenía en los problemas de Morelos, al grado que, según afirmaba el jefe sureño, había entrado en pláticas con los hacendados morelenses para que pidieran o sugiriesen la destitución del gobernador Carreón y lo propusieran a él en su lugar; también lo hacía responsable del asesinato del viejo Gabriel Tepepa, uno de los iniciadores de la Revolución en el sur. Conviene recordar que las dificultades entre esos jefes nacieron en pleno movimiento armado, por motivos de jurisdicción y por la actitud de Figueroa al entrar en pláticas con el gobierno de Díaz, el enemigo a derrocar, sin estar facultado para ello, pues tan sólo era un jefe más sin mayor representación.

Cuando Madero visitó la población de Cuautla en el mes de junio de 1911 se recrudecieron los odios, ya que a su paso por Tlaltenango para unos o Tlaquiltenango para otros, vio en la casa que habitaba Tepepa, a un grupo de mujeres enlutadas como protesta por el artero asesinato, luego un hombre tomó la palabra pidiendo justicia. La contestación de Madero fue sorpresiva, pues dijo: “que el general Figueroa había hecho bien, ya que ‘Tepepa’ había cometido delitos reprobables que desprestigiaban a la Revolución”.² Ya en Cuautla, ante el aspecto que presentaba la ciudad que había sido incendiada, Madero se indignó y reprobó acremente la actitud de los zapatistas.

Antes de regresar a la ciudad de México, Madero dio instrucciones al gobernador provisional de ese estado, Juan N. Carreón, para que facilitara los fondos necesarios a fin de que cuanto antes se iniciara el licenciamiento y desarme de las tropas zapatistas, ante el licenciado Gabriel Robles Domínguez, representante de la causa revolucionaria. El acto se llevó a cabo en la siguiente forma:

En “La Carolina”, en las afueras de Cuernavaca, se instalaron tres pequeñas mesas: en la primera estaban los comisionados para recoger el armamento; y en la segunda: el general Zapata, el licenciado Robles Domínguez y el general Abraham Martínez; y en la tercera: el encargado de la oficina rentística de Cuernavaca, quien manejó los fondos destinados al licenciamiento.

Cada soldado que entregaba su arma en la primera mesa, pasaba a la segunda, en la que se daba un oficio de baja de las filas revolucionarias y en

² Gustavo Cassasola, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, 4 v., México, Editorial Trillas, 1960, v. 1, p. 338.

el cual se le agradecía, a nombre de la patria, su ayuda a la causa. Cada oficio de baja era firmado por las siguientes personas: Emiliano Zapata, como general en jefe; Abraham Martínez, como jefe del Estado Mayor; y don Gabriel Robles Domínguez como jefe de la zona y representante del caudillo de la Revolución. Si el lugar de origen del licenciado estaba cercano a Cuernavaca se le daba una orden en una tira de papel que se prendía a cada baja para que en la tercera mesa le fuese proporcionada la cantidad de diez pesos. Si procedía de algún lugar lejano, o si además de la carabina entregaba su pistola, la orden era para que se le proporcionaran quince, y hasta veinte pesos. El general Zapata, que conocía a todos sus subordinados y el lugar de origen de cada uno de ellos, iba diciendo al señor licenciado Robles Domínguez la cantidad que debía ministrarle en cada caso.³

El desarrollo de los acontecimientos anteriores dio lugar a que en la ciudad de México se corriera el rumor de que el general Emiliano Zapata estaba preparándose para levantarse en armas, ya que el licenciamiento que se estaba efectuando en las proximidades de Cuernavaca, para muchos era a todas luces irregular, sin embargo, cabe aclarar que esa corporación nunca se caracterizó por su organización militar o por su potencialidad armada. Según se dice, el secretario de Gobernación, licenciado Emilio Vázquez Gómez por mediación del general Gildardo Magaña, le hizo saber al comandante sureño la conveniencia de que visitara la capital y que se entrevistara con Madero para acabar con las falsas interpretaciones. El general Zapata escuchó la sugerencia y llegó a esta ciudad el 24 de junio acompañado de su hermano Eufemio. Ese mismo día platicó con Francisco I. Madero haciéndole saber que continuaba el licenciamiento de sus tropas sin novedad. Al día siguiente tuvieron otra entrevista en la que Madero le comentó que había hablado con el señor presidente y que estaban aclaradas las intrigas sobre el estado de Morelos, por tanto, debía volver a su cuartel general y seguir realizando sin temor el comentado licenciamiento. Al momento de despedirse, Zapata abordó el problema de la tierra e indicó que el gobernador Carreón favorecía a los hacendados sin aplicar los postulados de la Revolución; se habló entonces de que se le relevaría al instalarse la legislatura local.

El mes de julio registró hechos importantes para todo el país como fue la aparición de un manifiesto firmado por el señor Francisco I. Madero con fecha 9, mediante el cual disolvía al

³ Magaña, *op. cit.*, v. 1, p. 168.

Partido Nacional Antirreeleccionista por considerar que ya no tenía razón de continuar con ese nombre, puesto que estaban por consignarse en la nueva constitución los principios de la Revolución, en los que se precisaba la “no reelección” y por tal motivo se creaba el Partido Constitucional Progresista.

El impacto de esta medida, en los jefes revolucionarios y en el pueblo en general fue contradictorio, negativo; mientras unos pensaban que se traicionaba el lema de la Revolución, en otros surgía el temor de que se llegara a desconocer al mismo Plan de San Luis. El descontento cundió y la agitación en las filas insurrectas no se hizo esperar. Tan es así, que varios jefes del Ejército Libertador del Sur dieron a conocer un manifiesto con fecha 11 de ese mismo mes de julio, en el que se comprometían a prestar todo apoyo moral y material para que se cumpliera en todas sus partes el Plan de San Luis. Días más tarde, o sea el 18, elaboraron el siguiente escrito:

Señor doctor Francisco Vázquez. Ciudad.

Muy señor nuestro:

Los suscritos, generales, jefes y oficiales del Ejército Libertador, nos es grato participar a usted, que para que lo haga llegar al conocimiento del jefe de la Revolución señor don Francisco I. Madero, que en conferencia celebrada el día 18 del presente mes y año con el señor presidente interino de la República, licenciado don Francisco León de la Barra, le pedimos:

Primero. Cumplimiento del Plan de San Luis Potosí.

Segundo. Expulsión del elemento científico de la cosa pública.

Tercero. Nombramiento de un general revolucionario como inspector de las fuerzas insurgentes.

Y que en conferencia celebrada ayer en la tarde, le pedimos:

El sostenimiento del señor licenciado don Emilio Vázquez Gómez en el gabinete, por ser el representante genuino de la Revolución, haciéndole notar los riesgos que se correrán en caso contrario, y le garantizamos que, como elementos sanos de la Revolución, siempre estaremos listos para velar por los ideales que la produjeron.⁴

El documento lo firmaban numerosos jefes, entre los que se encontraba Emiliano Zapata, aunque sin encabezar la lista.

Si la desaparición del Partido Antirreeleccionista provocó un enorme descontento en el ámbito de la política nacional, no fue menor el que causó la aceptación de la renuncia presentada por Emi-

⁴ *Ibidem*.

lio Vázquez Gómez como secretario de Gobernación. En ella declaraba que había tenido dificultades con el presidente León de la Barra por su tendencia conservadora que se oponía a la suya que era renovadora, y que además, renunciaba a pedimento del propio mandatario.

Mientras se registraban esos acontecimientos, el licenciamiento en el sur se detenía, y daba la impresión de que sus jefes estaban en espera de nuevas noticias de la capital. Es posible que temieran quedarse sin tropas para una nueva lucha en caso de surgir desavenencias definitivas. Madero que se encontraba en Tehuacán, Puebla, para acabar con los malos entendimientos de los sureños invitó a conferenciar a Emiliano Zapata, pero sólo asistieron en su representación su hermano Eufemio y Jesús Morales. Los comisionados le informaron que, mientras el Ejército Libertador había casi cumplido con la liberación de sus fuerzas, el presidente de la República apoyaba a los hacendados y determinaba la elección de diputados al congreso local. Madero les respondió que debían continuar con el licenciamiento y en cuanto al otro punto no debían desconfiar, pues él y De la Barra actuaban de común acuerdo. Emiliano Zapata en espera de noticias, suspendió por lo pronto el tan comentado licenciamiento; los emisarios llegaron a Cuautla en los primeros días de agosto y le informaron el resultado de su gestión.

En cuanto a las relaciones de Madero con los hacendados del estado de Morelos el historiador Womack las presenta con toda claridad, indica que aquéllos trataron desde un principio de ganarse la simpatía del jefe revolucionario organizando diversos ágapes en su honor, pues buscaban a toda costa continuar con el dominio de la entidad, pero que últimamente se veían amenazados por las reivindicaciones agrarias de Zapata. Comenta Womack que la Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol hizo llegar “una protesta urgente a Madero en la que le decía que los rebeldes no estaban dispuestos a deponer voluntariamente las armas”.⁵

La intención de los hacendados morelenses era predisponer a Madero con Zapata y para ello utilizaban todos los medios a su alcance. El mismo Womack afirma que después de la gira del jefe triunfante por algunas poblaciones del estado de Morelos, “regresó a la ciudad de México dispuesto a creer lo peor de lo que se dijese de los rebeldes de Morelos”.⁶ Es cierto que Madero en el

⁵ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. de Francisco González Arámburu, 4a. edición, México, Siglo XXI Editores, 1972, p.95.

⁶ *Ibidem*.

fondo simpatizaba más con los hacendados que con los zapatistas, pero de acuerdo con su política, por lo menos hasta ese momento, estaba bien intencionado con respecto a la paz de la entidad y de llevar a feliz término el licenciamiento de las tropas sureñas.

Con respecto al tan sonado ofrecimiento que Madero hizo a Zapata de nombrarlo jefe de la Policía Federal de aquel estado, es cosa que debe meditar, pues para unos fue bien intencionada, y para otros una medida política.

Las condiciones [para ese puesto] equivalían a una rendición y tal vez al comienzo del fin de la Revolución que los de Ayala habían iniciado tres meses antes. Pues aparte de su conexión con Madero, la cual no les servía de mucho ahora, Zapata no conservaba más poder que el que se desprendía de su influencia en los campesinos y rancheros del estado, los cuales eran eficaces solamente en el ejército primitivo que habían formado durante su rebelión. Desbandar su ejército y pedirle además que se encargara de tener a raya a sus propios veteranos era pedirle que disolviese su único recurso político. Zapata no quiso hacer trato, pero aislado como estaba, no podía desoír a la confianza de Madero y aceptar licenciar a su gente.⁷

Por supuesto que se trataba más que de una rendición, de una disolución voluntaria de acuerdo con lo establecido en el Plan de San Luis. No obstante, conforme a los últimos acontecimientos registrados y con la postura observada por el gobierno interino en verdad de poco servían las negociaciones con Madero, puesto que nunca pensaron en reconocerlas, máxime que aquellos mismos hacendados continuaron intrigando con quien fuese necesario a fin de que toda promesa a Zapata se transformara en medida de aniquilamiento.

Ante esta situación, el presidente interino Francisco León de la Barra, con el pretexto de la falta de cumplimiento por parte del general Zapata en lo relativo al licenciamiento de sus tropas, y muy molesto por los acontecimientos registrados en Cuautla y Cuernavaca, decidió abrirle formal campaña militar. El general Victoriano Huerta fue nombrado comandante de la columna federal.

⁷ *Ibidem*, p. 96.